



# XIII

## Toda la poesía de la Ciudad



**E**ntre los poetas de la «generación de los años 50», como puede apreciarse, son numerosos los que de una u otra forma han expresado la poesía de la ciudad como parte de la propia vida o en percepciones fugaces que no es posible olvidar. No son artistas que se han detenido ante el paisaje para describirlo o dibujarlo por mero goce estético, sino espíritus creadores que se han sentido partícipes de la convulsa realidad donde alienan y sueñan y luchan, envueltos en la vorágine de la urbe, en su cotidiana agitación colectiva. Es el caso de Fayad Jamís (1930-1988), que como pasajero de un ómnibus urbano parece haberle tomado el pulso a La Habana:

### EL ÓMNIBUS Y LA CIUDAD<sup>1</sup>

(Fragmentos)

*El ómnibus avanza.*

*Las calles reverberan en la luz y el calor.*

*La ciudad es un mundo de espejos y de música.*

*Una mujer sube su enorme cuerpo y trata de sentarse.*

*Un obrero acomoda su caja de herramientas.*

*Una muchacha se queda en el pasillo*

*como una hermosa lámpara oscura.*

*El rostro de la ciudad se ha ido haciendo y deshaciendo  
lentamente,  
creciendo desde el mar. Un rostro tallado por la luz,  
golpeado por el viento y la lluvia, y golpeado  
por sueños innumerables y sangres innumerables.  
Yo mismo he visto desaparecer los últimos tranvías,  
como otros vieron los coches tirados por caballos  
doblar en una esquina y perderse para siempre.*

. . . . .

*Vamos apretujados en un solo bloque de calor, pero  
siempre cabe uno más:  
un albañil, una mecanógrafa, un poeta, o, acaso,  
un comerciante  
(un hombre cuyo tráfico oscuro fue abolido).  
Siempre cabe uno más. Somos un solo bloque de calor.  
Los que suben y bajan empujan, y a veces resuena  
una mala palabra.  
Y a veces el ómnibus está a punto de volcarse en una esquina.*

*Una muchacha se persigna al pasar frente a una iglesia.  
Todos la miramos a la vez y yo pienso en una imagen antigua:  
en una virgen de Boticelli en esa Habana de 1963.  
Todos quieren hablar al mismo tiempo y el ómnibus cruje  
y retumba  
y toda la ciudad está viva y sus voces también nos envuelven,  
voces que se desintegran y voces de furia primaveral  
y voces que llamean como estandartes de los nuevos tiempos.*

. . . . .

*Siempre cabe uno más. «Caminen hacia el pasillo.» «En  
la próxima.»  
La ciudad es un mundo de espejos y de música.  
Las calles reverberan. Esa mujer trae los cabellos mojados  
como una campesina salida del río. Siempre cabe uno más.*

. . . . .

*Amo las calles grises de mi ciudad.  
Amo el calor que me consume y los rostros que huyen presurosos,  
y los viejos y hermosos rincones llenos de sombra.  
Amo las manos que transforman las calles, las luces que alumbran  
y la gente que las recorre sufriendo cada vez menos.  
Amo los parques donde juegan los niños,  
los parques que guardan el sueño de los últimos vagabundos.  
Amo los parques fieramente invadidos por el amor.*

Hermoso poema de amor a la ciudad, y esa misma atmósfera cálida y apasionada se percibe en otra extensa composición de Fayad Jamís, centrada en una de esas esquinas habaneras de inconfundible personalidad en el tráfico ciudadano: la intersección de las calles Doce y Veintitrés en El Vedado. El poeta, que fue vecino de esa esquina crucial, la ha instalado definitivamente en la poesía cubana:

12 Y 23 <sup>2</sup>

(Fragmentos)

*En la mañana, al mediodía o en la tarde, si estás cerca de 12 y 23,  
en El Vedado (o si avanzas por la Avenida 26 o por Zapata)  
puede sorprenderte un cortejo que se desliza silencioso  
hacia las puertas  
del cementerio de Colón. En 12 y 23 puedes contemplar  
las más hermosas  
muchachas de La Habana, o detenerte en una florería o en  
una tienda  
de objetos de mármol en los que esculpieron nombres y orlas  
y frases  
de una eterna ternura, que los muertos nunca leerán  
y los vivos  
no comprenderán y el olvido se tragará solemnemente bajo  
el sol.*

*Una calle viene desde el mar y se pierde lejos, lejos, en el  
campo.  
Una calle viene desde el mar y se pierde lejos, más lejos,  
en el cementerio.  
Dos calles que se golpean cortándose bajo la luz, en El Vedado.  
Si quieres nos sentamos a la espuma de algún café, fumemos  
y aticemos  
nuestros ojos en la fiesta del verano. Mira qué buena está  
la rubia.  
Mejor está la negra. Qué nalgas las de aquella que se quedó  
mirándose al pasar por el espejo. Qué vulgares somos,  
criaturas al sol de las Antillas,  
pasamos del mito del Doctor Fausto, de un tiempo voraz  
tragándose al tiempo,  
a estas cosas primarias en que se oxida nuestro barro;  
la luz devora nuestros huesos.*

. . . . .

*Desde mi mesa miro a la madrugada deshaciéndose en  
las luces de 12 y 23.  
Un borracho llora a carcajadas, los ómnibus se sientan  
para que suban  
los obreros. Uno va fumándose un periódico, se entera  
de lo que ocurre en Brasil, en la Argentina. La madrugada  
desciende en hilos  
muy delgados. Tómate un chocolate y medita en los fuegos  
de tu ciudad,  
sigue despierto, llama por teléfono, despierta al azar una ventana  
y grita que ya es de día de día de día de día de día.  
Una calle viene desde el mar y se pierde entre dos filas  
de árboles.  
Una calle viene desde el mar y se pierde entre muros  
de cal amarillenta,  
baja por los mármoles de las fosas, se pone a conversar  
con las cenizas.  
Estamos en 12 y 23, donde las calles se cortan con hachas  
y espejos.  
Entras en las casas, en las puertas. Las paredes murmuran:*

CON LA GUARDIA  
EN ALTO. Ya no quedan limpiabotas en las esquinas.

. . . . .

En 12 y 23, en El Vedado, te golpea el tufo de comidas que  
los dioses  
ignoran, las excavadoras rompen un pedazo de calle  
y una tierra roja  
se abre como una herida. La multitud avanza presurosa,  
hay mirones  
clavados en las aceras. Te detienes a contemplar esos carteles  
hermosos como dragones antillanos devorando helados  
de fresa.  
En 12 y 23, un olor a pan te recuerda el sabor de los senos  
de aquella mujer que una noche te dijo mi alma mi vida...

. . . . .

En 12 y 23 cambias de ómnibus, saludas a conocidos del batallón  
o del trabajo, contemplas ese enorme cartel en rojo, blanco  
y negro  
que te habla de futuras victorias. Este sitio está ahora en penumbra,  
escasean los bombillos, las balas tienen la palabra,  
los nuevos días  
nacen entre aullidos. Llega la 27, apúrate, ocupa tu lugar,  
buenas noches,  
¿cómo anda la familia? Yo estoy sembrando en Artemisa.  
Suben niños  
y ancianos. Hay una multitud a las puertas del cine. La  
oscuridad  
zumba en el cementerio. Mientras avanzas te interrogas  
acerca de todo  
lo humano y lo divino y lo general y lo colectivo y lo individual

. . . . .

¿Cuál es el secreto de la luz que reverbera en 12 y 23?  
Éste no es el centro del mundo, desde luego. ¿Pero cuál  
es el centro

*del mundo, señor carnicero? ¿Acaso el centro del mundo está  
en su brazo  
mientras descuartiza una res? ¿Acaso el centro del mundo  
está allí  
donde revienta la última bomba, donde los cadáveres,  
desintegrándose,  
bailan y se mueren de risa, mientras usted, sentado  
en su oficina,  
cuenta sus razones como hermosas monedas cantarinas?  
Éste no es el centro  
del mundo pero es el centro de mi mundo, el centro  
de la ciudad más clara  
de la tierra, un lugar en que se cortan las calles que nacen en el mar  
y mueren en la violencia de la lluvia, en la limpia ciudad  
de la muerte.  
Éste es el centro de mi mundo. Éste es acaso el verdadero  
centro del mundo.*

Puede percibirse la impresionante intensidad lírica de este poema, del que hemos desglosado sólo las referencias a la esquina habanera de que trata. Fayad Jamís ha volcado en «12 y 23» su profundo sentimiento de solidaridad humana, plena de angustia por sus semejantes y de amor a su ciudad y su patria, y vibrante por la esperanza cierta en un mundo mejor.

Un tono distinto es el de Roberto Branly (1930-1980). En una sección de su poema «La poesía como angustia»,<sup>3</sup> la presencia de la ciudad ampara su soledad y es «una rosa clavada entre la caída y el abismo»:

*Estoy solo, y la ciudad es demasiado transparente  
para golpear el angosto sonido de mis sueños  
con el increíble índice de la Nada.*



*A través de los signos imprecisos de la sangre,  
desliza mi sombra su silencioso rumbo  
por este cielo cotidiano, habitado por relojes enemigos.*

*Y es que estoy definitivamente solo con mi voz,  
que ahora emerge transida de amargos colores,  
cuando en esta noche rota de estrellas ancestrales  
todo conspira contra mi luz esbelta.*

*Pero la ciudad custodia sus domesticadas piedras  
del ruido agonizante de la yerba segada  
al son eterno de ángeles siniestros,  
como una rosa clavada entre la caída y el abismo...*

Es particularmente emotivo el poema donde Roberto Branly evoca su infancia en uno de los barrios populares de La Habana, Lawton. Las calles, el lago Pastrana, la loma del Burro, los parques, el sabor local habanero, emergen del pasado con una luz amable y tierna:

#### ATARDECER SOBRE SAN ANASTASIO <sup>4</sup>

(Fragmentos)

1

*Y allí, lejano, violado, polvoriento,  
sobre el herrumbroso paradero, el cielo  
se nos encandila, se nos cierra  
como flor en celo, entre la música  
del tendido eléctrico,  
dispersa y grave, encimada tal vez  
al templo protestante  
donde por descuido te sumergen  
en la nada de un bautismo,  
y te perforan los ultramontanos,  
pero en la farmacia,*

*en la bodega azul, en la caficola  
juegas por un centavo  
a ser plateado tomeguín con el refresco,  
mientras por el quicio ruedan los faroles,  
la calle ondula de adoquines a mansalva,  
los negritos corren a los escondidos,  
cuentas hasta 40 con Alí Babá,  
navegas con la telegrafía sin hilos,  
y, al naciente,  
alrededor del Pastrana,  
surgen las emanaciones bajo el puente Victoria,  
y el parque, yo no sé por qué,  
aún no ha sido inaugurado;  
pero, por favor,  
que ahora me disfrazo de policía  
y corro delante, veloz, de los ladrones.*

. . . . .

5

*He pronunciado el tiempo y sus constelaciones  
en medio de la puerta, y en la ferretería  
las guimaldas proclaman estas pascuas,  
esta alegría de sinsonte,  
y ya sobre Reyes, excavada en la erosión  
de Pocitos, cercada por Dolores y Lacret,  
digo: entre Concepción y San Francisco,  
a cuatro cuadras, simplemente,  
de la Calzada, ruedan los tranvías  
con sus chispas, los ómnibus repletos  
de fotutos, y este delirio tremendo  
de estar sobrio,  
mientras quedo, tranquilo, presentido,  
el sol se hunde por Acosta,  
frente a los relámpagos de vidrio  
de la Loma del Burro, como un domo,  
como un lirio de cometas y chiringas,*

*allá en la zona perdida, recatada,  
endeble, pálida, de este anochecer  
de soledad en vilo.*

(1965)

Otro gran poeta habanero, Roberto Fernández Retamar (1930), al emprender un viaje —del que sin duda regresaría— quiso despedirse de su ciudad, en un hermoso poema de mucho aliento, pero en definitiva lo que logró fue un amoroso reencuentro con La Habana, y una manera brillante de ofrecérsela a todos y para todos los tiempos:

#### ADIÓS A LA HABANA<sup>5</sup>

*Que llevo tropezada como una casa,  
desde el mar que la circunda y le exige  
hasta los barrios y los primeros caseríos.  
Ciudad agrietada cada día por el sol  
y rehecha en silencio  
desde el atardecer  
para que la mañana la encuentre de nuevo intacta,  
con sólo algunos papeles y muchos besos de más.  
Única ciudad que me es de veras.  
Ni mejor ni peor, ni llena ni pobre: verdadera.  
En ella, aldea o paraíso,  
conocí el asombro, conocí el placer,  
conocí el amor, conocí la vergüenza, conocí la esperanza,  
conocí la amistad, conocí el hueco paciente y terrible  
de la muerte, conocí el esplendor  
cuando empezaron de nuevo un año y un pueblo.  
Lo otro es llenarse los bolsillos  
para la fiesta del regreso.  
Aún sin abandonarla, ya se preparan las preguntas.  
No sólo preguntas retóricas:  
¿Voy a cumplir treinta años fuera de La Habana?*

*Sino sobre todo preguntas como:  
¿Qué haré sin la ventana abierta al cielo?  
¿Qué haré sin la grieta de la pared de mi cuarto,  
sin los garabatos de la acera,  
sin los árboles de la cuadra, sin la llamada del teléfono,  
sin el coro de los choferes?  
La ciudad es también (me dirán) el alimento podrido de la traición  
y los pájaros de boca fruncida que graznan con un taconeo  
rápido.  
Pero toda esa mancha de pluma mojada desaparece  
con un solo golpe inmenso y cristalino del mar,  
con una voz antigua como el tiempo  
que se desbarata contra los arrecifes y vuela sobre la ciudad:  
sobre el Vedado carcomido, gris, echado bajo árboles;  
sobre el Malecón veloz de los amantes, los ilusionados  
pescadores y los niños;  
sobre las viejas fortalezas,  
sobre los parques atestados de héroes de piedra,  
sobre los muelles últimos y tenaces.  
Allí, en su borde blanco, en su borde añil,  
está tendida a beber la ciudad.  
Saluda a Casablanca del amor,  
y se incorpora en avenidas de árboles y carros,  
atraviesa el vicio soldador, se escurre  
entre callejas de maltratado prestigio,  
llenas de banderas, hierros y agua sucia;  
especula, cuenta, vende,  
hace castillos equilibristas de frutas,  
hojea revistas, busca telas y perfumes,  
canta como una selva profunda,  
persigue en la noche la danza de la noche,  
y luego del Obispo y de Neptuno,  
luego de La Rampa y de La Playa,  
se recoge hacia suaves tinieblas:*

*vuelve a La Víbora, regresa a Santos Suárez,  
al Cerro, a Luyanó,  
cierra los ojos, aguarda los pregones.*

(1960)

## Notas

- <sup>1</sup> Fayad Jamís. *La pedrada*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1985, pp. 176-178. (Colección Giraldilla.)
- <sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 180-192.
- <sup>3</sup> Roberto Branly. *Ya la orquesta triunfa sobre el aire*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1985, p. 34. (Colección Giraldilla.)
- <sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 118-121.
- <sup>5</sup> Roberto Fernández Retamar. *Palabra de mi pueblo*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1980, pp. 55-56. (Colección Giraldilla.)





XIV

Rodeada de poesía  
comodemañala





**S**i La Habana de Fernández Retamar es la ciudad presente desdoblada en pantalla de sueño, la de Pedro de Oraá (1931) es la que surge de la profunda evocación de la infancia, para establecer su propia mitología de su ciudad, puesto que

*la ciudad es la primera y definitiva aventura de quien la vive  
y cada sujeto o cosa que de ella surge y se deriva  
golpea los ojos donceles con su nombre y figura radiosos  
de originalidad,  
prístinos en la mañana genesíaca del barrio y el patio del niño  
que fuimos y seremos siempre que abramos las puertas  
del regreso...*

Su libro, *Apuntes para una mitología de La Habana* (1971),<sup>1</sup> reúne en sus páginas

*la multiplicidad de esa magia como demasía de la experiencia  
en la ciudad y en los puntos recónditos y abiertos  
del entero paisaje.*

En el poema «Calzada de las ferreterías», capta jirones de esa realidad sumergida en el pasado:

*Torcida como humareda y ahogada de humareda  
La Calzada de Monte agonizaba en acontecimientos implacables*

. . . . .

*cuando solía mi padre adentrarme a su espesura  
(y a mi hermano menor de ojos de cervatillo y cabello  
    esmaltado)  
para ver las vidrieras melancólicas y agrias de las ferreterías.  
¡Ah, recuerdas, Lando, la primera al doblar la esquina de Tejas?  
El negrito de pasta cromática entre tuercas, martillos y alicates  
asintiendo con su maravillosa sonrisa que era casi risa,  
láctea, espaciada, eterna de dientes de caballo enormes  
    y perfectos,  
asintiendo en su eterno cabeceo mecánico  
a las preguntas de la nada, a la pregunta de los rostros  
    fantasmales  
que acuden al bostezo de los escaparates para calmar sus muertes.  
¿Recuerdas la siguiente... (¿era una mueblería?, ya no sé) más  
    lujosa,  
demorada de atmósfera pascual todo el año: los cristales  
pintados de bellotas púrpuras y hojas en coronas espinosas  
    y verdes,*

. . . . .

*¿Allí era o más adelante que nos anonadaba, aplastando  
    las narices  
contra el vidrio encendido, suspendiéndonos, olvidándolo todo,  
la Torre de Pisa de alabastro entre jirones de tela y trastos de  
    madera*

. . . . .

*Si ascendíamos la Calzada hacia el Centro era entonces  
    mayúscula magia  
de incandescencia marina de las vidrieras: gigantescas peceras  
de aguas colorantes que nadaban las llaves inglesas,  
    los destornilladores:*

*monstruos pétreos sobre pozuelos de áspero alimento  
de los clavos  
y el alimento fascinante a nuestros ojos de los platillos de polvos  
de colores:*

. . . . .

*noche de los escaparates de luz exagerada y triste de las ferreterías,  
noche de la que regresábamos con la felicidad de las  
revelaciones  
y una secreta admiración y gratitud a nuestro padre  
por conducirnos en el reino del hombre ebrio y desconcertante.*

La alegría de descubrir un mundo fabuloso en las vidrieras de las tiendas de la ciudad es nublada por sombras ominosas: las imágenes ingratas de lacras ya felizmente desaparecidas por obra de la Revolución, y que el poeta evoca en todo su dramatismo: «la casa de préstamos», «El rastro» («Vía de Cristina, a espaldas del mercado inmundo»), «El barrio de las puertas iguales» («Es un lugar de La Habana de cuyo nombre no quiero acordarme, / donde el espíritu reposaba de día y en la noche se incorporaba la carne»)...

En la sección «Los andariegos van a la muerte», recuerda a otros desaparecidos del paisaje urbano: «El hierbero», «El amolador de tijeras», «El compra viejo», «El componedor», «El apuntador», «El globero», etcétera, personajes del folclor habanero en aquella sociedad basada en la injusticia, que el poeta recuerda no con nostalgia, sí con la amargura de quien la padeciera en carne propia y como si realizara un acto de exorcismo con su evocación poética...

Mientras Pedro de Oraá se despojaba así de una Habana sumergida en sus recuerdos de niño —para transformarlos en mitología propia—, Pablo Armando Fernández (1930) —no nacido en la ciudad— cuenta que la ha descubierto recreada en las telas por la magia de la pintura. Antes no se le pudo revelar el encanto de La Habana: fue necesario verla reflejada por la hazaña del color y las líneas de René Portocarrero, y así tam-

bién convocamos la presencia de otro insigne poeta de la capital:

## LA CIUDAD NUESTRA DE PORTOCARRERO <sup>2</sup>

*Durante años la excusa  
para mi desapego por La Habana  
fue haber nacido en un batey donde  
todas las cosas  
amigas y enemigas  
se fueron inmediatas.  
Desde el restaurante La Torre  
o el Bar Turquino  
y girando  
como un endemoniado  
no se la ve no se la siente  
como algo que respire que se mueva  
con proporción humana.  
Sin embargo puede uno imaginarla  
blanca bajo la luz lila de la sombra.  
Y aun no basta.  
Para verla de un golpe a contrapelo  
como un cuerpo de colores que crecen  
en azules y verdes y amarillos  
hay que asomarse a ese lienzo sonámbulo  
vertiginoso de esqueleto que canta  
rompiéndose en los pasos que le marcan  
su vida verdadera.  
Para verla hay que mirarla  
con los ojos totales de Portocarrero.*

No fue el milagro de la pintura, sino el milagro del amor, el que le reveló la ciudad a otro poeta de tierra adentro. La Habana se le manifestó a Luis Suardíaz (1936) abierta y sonora, como expresa en el poema «Discurso en alta voz».<sup>3</sup> Una forma distinta de la percepción multiforme de la capital:

*Transpira la ciudad un humo oscuro.*

*Los edificios mantienen sus cuellos robustos  
a la altura de los grandes proyectos.  
Un fondo violeta recoge la distancia.  
He aquí el invierno.*

*En otra época anduvimos la hermosa ciudad.*

*No sin asombro palpamos su cuerpo gigantesco,  
sus monumentos de mármol. No sin asombro  
desentrañamos sus alegorías. Sus cúpulas agrietadas  
tocamos con ojos de alucinados. Éramos los recién llegados  
del pueblo lejano, de la pequeña residencia del olvido.*

*Hemos tenido que venir a la ciudad para crecer.*

*Las tímidas palabras aprendidas  
no acertaban a designar las lumínicas viviendas.  
Ya sé que estas cuestiones no pueden transmitirse  
fielmente en un discurso: con la ciudad soñábamos,  
le hacíamos el cuerpo a la medida de nuestra  
experiencia. Después llegó la hora de saber  
qué insuficiente es la fantasía para rehacer la realidad.*

*Dígame o no, es más sencillo inventar los largos edificios,  
el mar de aluminio, el héroe para consumo personal, que  
juntar piedra  
y piedra, verdaderamente, como los constructores que han hecho  
(y esto no es un símbolo) la mitad de este mundo.*

*Una mujer puso la gran ciudad dentro de mí.  
Este discurso iba a decirles de su pérdida.  
Que se había muerto, que el mar me recordaba  
esto y aquello de sus ojos y que en el corazón...*

. . . . .

El sentimiento hacia la ciudad es arraigado también en Alberto Rocasolano (1935). El poeta, que vive atento a su mundo interior para trasladar al verso sus más genuinos latidos, capta en ese mundo íntimo las resonancias del que bulle en torno, y nos lo devuelve en su saludo a La Habana, donde tiembla la luz y circula el aire peculiar y la respiración de sus habitantes que trabajan, luchan y esperan:

#### BUENOS DÍAS, HABANA<sup>4</sup>

*Otra vez las últimas palabras de la noche para empezar el día.  
Buenos días, Habana, fue merecido este descanso.  
Primero fueron los motores, el grito del lechero,  
y luego el sol, recién nacido y tierno,  
tocando en las persianas.  
Es sumamente hermoso ver cómo vuelan los diarios y los pájaros  
y cómo caen las noticias en las manos;  
por los periódicos sabemos que el mundo no anda bien,  
que no todo está bien,  
que es probable que nunca lleguemos a un acuerdo  
con los que hicieron de la muerte una divisa  
y poco a poco, casi sin saber, no encuentran salida  
entre sus propias trampas.  
No obstante, vale confiar aún.  
Confía ese hombre que limpia su césped acariciado por papeles  
y pisadas infantiles,  
por secos besos de muchachas que también esperan  
el tiempo justo, abierto, del amor.  
Con más razón el que se fue a los campos  
y levanta un «Patria o Muerte» contra las viejas profecías  
y se despierta con el alba humano y saludable  
y dice que el futuro está «a tres trozos»;  
o el que regresa de la guardia y se tira de bruces en el lecho  
francamente rendido,  
y se duerme pensando que se han hecho muchas cosas  
pero faltan otras tantas por hacer.*

*Buenos días, Habana, buenos días!*

No cesa Alberto Rocasolano de hablarle a la ciudad que ha hecho suya, de la que ya forma parte indivisible, por eso le reclama que ella no disuelva su nombre en el humo del olvido, porque su poesía —su rostro— está presente «en el temblor dorado de las hojas», en los árboles de su jardín:

### HABANA, A TI TE HABLO<sup>5</sup>

*Voy a asustar el tiempo que duerme en tus columnas.  
Prescindiré del sueño porque el tiempo no es sueño  
y gusta confundir lo eterno y lo terrestre.  
Le pediré a tus calles que me devuelvan las pisadas  
que alguna vez abandonamos;  
reclamaré por mí y para todos con palabras de hoy,  
pues ya se sabe que el polvo no es silencio,  
rostros vencidos, lejana contingencia.  
Ya no serán tus carruajes despaciosos,  
sino los ómnibus, los taxis, las piqueras...  
¿Imposible soñar un absoluto?  
Eres un grito formidable bajo el cielo sin fin.  
Y esto lo demuestran tus ardientes muchedumbres  
aunque haga mía la soledad del mundo.*

. . . . .

*Ciudad, te rechazo y te hago mía.  
Por el fotógrafo sabemos  
que el siglo se niega a nuevas poses;  
a las fotos borrosas, siempre de dudoso parecido.  
¿Tu cielo azul te justifica y hace vano el temor?  
Quien haya visto tus rápidos crepúsculos  
quizás asuma tu don con ligereza.*

. . . . .

*Tiemblo al pensar en tu cercana plenitud...  
Ciudad, no dejes tú mi nombre a voluntad del humo,*

*despedazado por las ruedas de los autos  
o pavorosamente impronunciado en tus teléfonos;  
¿me identificas en el temblor dorado de las hojas,  
reconoces mi rostro entre la yerba del verano  
fundido a las raíces de mi patria?*

Domingo Alfonso (1935) —también de la generación de los años 50—, que ha cantado los «poemas del hombre común» —Yo vine a este mundo / a recorrer los andenes y calles, / a ser el padre de dos o tres hijos, / a tomar un ómnibus atestado, / ...Vine a cosas sencillas y simples / tales como vivir—, en tal sentido no vacila en identificarse con la ciudad:

#### HABLO DE LA CIUDAD <sup>6</sup>

*Mi ciudad es ésta.  
Junto a mí, esta casa pintada de verde con mucho polvo encima  
que es sólo uno de los edificios de balcones que cuelgan  
sobre la ancha avenida llena de tantos vehículos;  
es el poste amarillo y negro de la parada que anuncia  
las rutas de ómnibus que paran en esta esquina...  
Mi ciudad es esta farmacia  
con 4 dependientes y 17 clientes,  
más allá un restaurante con siglas incomprensibles  
que no obstante deben significar algo,  
la ciudad soy yo mismo  
cargado de libros, mirando a una joven con sandalias  
que muestran un hermoso pie desnudo.*

Asimismo, Domingo Alfonso ha captado en su poesía una historia de amor en la ciudad, como las muchas que ha habido y que no cesan ni cesarán de reproducirse a la luz y a la sombra. Pero ésta tiene un carácter especial porque el amor de La Habana envuelve a esta pareja en su especial encantamiento. Des-



de su título, ya señala el poema en cuáles calles se inicia el romance: «Aceras de Neptuno, aceras de San Rafael»:<sup>7</sup>

*Ellos dos caminan bajo la noche de la ciudad.  
Aceras de Neptuno, aceras de San Rafael,  
la calle incendiándose de rojo, en azul, en amarillo,  
ellos dos hablan de la felicidad,  
—unos hombres, unas mujeres, unos seres en el tumulto,  
vehículos transitando, un restorán abierto  
donde gente entra, donde gente sale—,  
atravesan una calle contándose sus vidas,  
toman un ómnibus, se miran a los ojos,  
hablan del encanto de los tiempos idos,  
él de una mujer que no lo quiso, ella  
de un hombre que no quiere,  
ella le confiesa: para mí la felicidad  
son cosas al alcance de todas las gentes,  
no le pido imposibles a la vida.  
Luego cenan en silencio, toman un vaso de cerveza,  
él mira los grandes ojos de esta mujer,  
escucha su risa alegre, su alegría de vivir,  
la luna está afuera, la ciudad está llena de personas  
pero para este hombre sólo existe una mujer.*

La ciudad, como el río (oh, manes de Heráclito), permanece, mientras la vida común de los mortales es el agua que pasa, desaparece y se renueva incesantemente. Viajero cotidiano en ómnibus de La Habana, Antón Arrufat (1935) nos invita a meditar con él en su itinerario, sobre la fugacidad de hombres y cosas en el espacio que les sobrevive, en un intenso poema de homenaje y amor:

### EL RÍO DE HERÁCLITO<sup>8</sup>

*Meditaba estas cosas en el ómnibus;*

*se ama una ciudad, se vive en ella  
con la certeza de que nosotros nos vamos  
un día cualquiera, pero esa casa, la reja  
de esta puerta, el patio descubierto  
en medio de la conversación, sé  
que recibirán a otro y otros los verán.  
Es el amor de quien se despide, sin darse  
mucha cuenta mientras graba su nombre  
en las paredes, o con el silencio que  
deja en la boca la sabiduría, contempla la ciudad.*

*Sé que amamos a una persona como mortal.  
Besamos el labio que va a ser tierra,  
se promete y se jura. Pero la sábana  
del amor es una mortaja entre las manos  
agitadas, y el velador encendido,  
abriendo la negrura para tener su cuerpo,  
chisporrotea imperioso como un cirio.  
Y no obstante en ciertos momentos  
tenemos la ilusión de enredarla  
en los brazos y hacerla inmortal.*

*Mas tú, Habana, eres segura, edificada  
como la eternidad para que nos recibas,  
nos miras pasar, y creces con nuestro adiós.  
Miré tranquilo. El ómnibus corría. Era  
hermoso saber que todo perduraba.  
Donde habías estado despidiéndote,  
perduraba, piedra o hierro. Pensé  
que el hombre, con su pequeña muerte  
diaria en el costado, en el bolsillo  
de su camisa de fiesta, hacía perenne  
la ciudad, sacándosela de su costilla.*

*Pasó el horno llameante de la panadería,  
las mesas largas de mármol, y regresó el sabor  
de la madrugada en que los descubriste:*

*el panadero atizó el fuego con la vara.  
Y viste al final del patio la cochera,  
el coche sin caballo, con sus cueros azules,  
lugares donde una vez alcanzaste el amor,  
un poco aturdido y un poco cobarde,  
pero con una dicha que todo avasallaba.  
Te alegró que duraran el patio, el coche,  
como si estuvieras amando todavía.*

*El ómnibus seguía. Estabas rodeado  
de jardines, en aquel banco, al pie  
de aquella estatua de encanto cursi;  
un rizo en el cuello, un dedo tocando  
leve el pezón de su seno de piedra.  
Nada se había movido. Las cosas, el  
recuerdo, dejaban su rastro invulnerable.*

. . . . .

*Cruzamos una calle. Dos hombres repentinos  
se ponen la mano en el hombro, y se van.  
Nada, ni esa mano, se detendrá. Ellos,  
lo sé, lo experimento, se ocultan su suerte:  
«Mira, los árboles, la casa, perduran. Sólo  
nosotros...» Y esa casa, y los árboles floridos  
entran al río de Heráclito, y el río los cambia  
en otros, y han aprendido a despedirse.*

. . . . .

*El ómnibus seguía.  
Me sentí al fin pasajero. Miré mis manos;  
había entregado la última moneda del viaje.  
Comprendí, casi sin entender, que mi cuerpo  
fuera otro, otro y el mismo sin embargo.  
Recordé la huella del cangrejo en la arena,  
y luego el mar, que sonando en una de sus formas,  
se tragaba la huella con su lengua variable.  
Quise pensar otro recuerdo, y nada supe.  
Se apagaba el rumor de la eternidad en mi pecho.*

*Busco la ciudad en el agua de los cristales,  
y la contemplo humana, fluyente. Nada  
distingue a mis huesos del arado, a tu espalda  
de la ciudad. Y cuánta ternura por las cosas que fluyen.  
Quisiera acariciarte, otra y la misma, con la mano  
con que se tiene un cuerpo, una llave, y levantamos  
pacientes tus puertas, tus castillos, sabiendo,  
como los hombres armoniosos, que somos mortales  
y todo lo hacemos como inmortales, sin gusto de ceniza.*

*Vuelve el pájaro a cantar y salen las estrellas.  
Te amo al fin con el amor de quienes se abrazan  
antes de regresar al viento, a la selva, al astro.*

(1969)

El sabor de eternidad compensa la certidumbre de la despedida. De inmediato, plácida sensación de madrigal nos deja el bello poema de Georgina Herrera (1936), fragante de ternura:

## LA CIUDAD<sup>9</sup>

*Esto que amo intensamente  
en cada minuto de cruzarla a diario  
es la ciudad. Heridas  
simulan ser las calles que penetran  
su hermosa piel de asfalto.  
Va conmigo  
en la pasión y el llanto.  
Como lámpara, cuelgan  
de sus múltiples manos vegetales,  
oscuras tempestades interiores  
de todo el que la habita.  
A polvo y grito la despierta el alba.  
Triste a veces, en medio de sus voces  
transcurre  
como una cosa más. Prendido*

*en su interior, el tedio  
a todos ya desconocido, va realizando  
una labor de siglos. Ella  
en silencio espera y duerme  
sobre sus propios ruidos.*

El descubrimiento de la gran ciudad por un niño provinciano es reflejado por el poeta Virgilio López Lemus (1946) en la sección «Más de la ciudad» de su primer libro *Hacia la luz y hacia la vida* (La Habana, 1981), del que tomamos esta décima:

## VI

Y cada árbol transita la ciudad  
como un duende.

REINA MARÍA RODRÍGUEZ

*No hay calle como Galiano  
para el secreto de un niño,  
todo brilla en el cariño  
que acude en cada verano.  
El Malecón tan cercano,  
en el comercio las gentes  
y los sonidos urgentes  
de vehículos repletos,  
son todos como secretos  
que descubro de repente.*

## Notas

- 1 Pedro de Oraá. *Apuntes para una mitología de La Habana*. La Habana, Ediciones Unión, 1971.
- 2 Pablo Armando Fernández. *El sueño, la razón*. La Habana, Ediciones Unión, 1988, p. 387.

- 3 *La generación de los años 50*. Antología poética. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1988, pp. 474-475.
- 4 Alberto Rocasolano. *Es de humanos*. La Habana, Ediciones Unión, 1976, pp. 103-104.
- 5 Alberto Rocasolano. *Porque tenemos héroes*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1982, pp. 25-26.
- 6 *La generación de los años 50*, ob. cit., p. 462.
- 7 Domingo Alfonso. *Historia de una persona*. La Habana, Ediciones La Tertulia, 1968, p. 79.
- 8 Antón Arrufat. *La huella en la arena*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1986, p. 62.
- 9 Georgina Herrera. *Gentes y cosas*. La Habana, Ediciones Unión, 1974, p. 63.



XV

Ciudad que crece  
en la sangre y el sueño





La caudalosa poesía de La Habana no cesa de fluir en la voz de otros poetas, que la perciben y expresan con nuevos acentos y desde distintos ángulos, para enriquecer la visión radiante y múltiple de la ciudad y fijar su imagen en la posteridad. Miguel Barnet (1940) la siente tan profunda y sonora, que está presente en su obra con tanto fervor como el de las olas que baten los arrecifes del Malecón. En algunas de sus novelas —particularmente en *Oficio de ángel*— La Habana es uno de los principales personajes. Se respira en sus versos el cálido ambiente de la capital. De su cuaderno de poesía *La piedrafina y el pavorreal* (1963)<sup>1</sup> seleccionamos esta composición:

POEMA I  
(Fragmentos)

*Ahora dejo el ómnibus  
con el último rostro.  
Es tarde pero hay tanto que hacer.  
El calor invade la ciudad  
conmigo las gentes  
el grito despierto*

*y los niños con sus pañuelos al cuello  
en deliciosa faena.*

*De La Habana hay mucho que contar  
cuando abre puertas al mercado  
y se ven los vendedores  
en los portales  
con un gran cuchillo al cinto  
y los ojos amarillos.*

*De La Habana las iglesias barrocas.  
En sus escalones gollejos de naranja  
y kilos prietos de sudor, sin brillo.*

*Al mediodía se hunden sus calles en la tierra.  
Sube por las rejas encrespadas una melodía vieja.  
El anciano de la filarmónica tiende su sombrero  
gastado a las señoras.*

*Se adivina la llegada del otoño.  
Tan triste puede ser esto.  
Tal vez tan alegre.*

*La gran población sueña  
y se precipita.  
En este estrépito  
cuando aún no ha llegado el día  
podemos contemplar el cielo  
tranquilamente.  
Las luces son blancas en La Habana de noche  
el Malecón es propicio al amor  
y junto a Yemayá  
un barco se hunde lentamente ante mis ojos.*

*Imposible dormir en el paseo  
es demasiado hermoso  
y esta nostalgia mía*

*y los fantasmas en mi traje  
y las mujeres con las frutas en las manos  
y las caderas anchas con olor a musgo.  
Y todo.*

. . . . .

*Tan triste puede ser esto.  
Tal vez tan alegre.*

Como una prolongación del anterior, pudiera considerarse el poema «La ciudad»<sup>2</sup> del mismo libro; suyos son los fragmentos siguientes:

*Hoy es un día hermoso como una torre de la Catedral.  
Un día pleno de sol.  
Desde las calles estrechas de San Isidro  
llega un pregón de yerbas mágicas...  
¡Ambarina, Miraguano, Espuela de Caballero...!*

*El silencio quedó olvidado en algún parque  
que ya no existe.  
En los bares del puerto, entran en apogeo las guitarras.  
Hay borrachos y caminantes  
con el mismo rostro  
a pleno sol...*

. . . . .

*Gente de la ciudad  
que esperan el golpe de algún cuerpo vivo  
con ganas de gritar  
o de jugar, no recuerdo bien,  
al paco-pío, al botón, al gallo indio...  
y de volar por los tejados como un papalote.*

*Gente como Cassiano, el portugués  
que casi nadie conoce  
pegado al sol y lleno de salitre, ¡el único remero de la bahía!*

*No tengo más que recordar las fiestas de San Juan  
y los muñecones en el Malecón, quemándose.*

*Pero él va a algún sitio también,  
a esa parte del litoral donde se pueden ver  
las piedras, desde un tablón de cedro  
y al fondo del mar, en su guadaño rojo.*

*Es la vida de la ciudad, en una tierra húmeda,  
en unas calles donde crece  
cada día otra vida y otro nombre.  
La huella de cada cual en sus piedras formando texturas.  
Hoy es un día hermoso, repito.  
Un día casi cobre.*

. . . . .

*¡Qué alegría saber que habrá otras fiestas de San Juan!  
¡Que los paseos seguirán colmados de árboles,  
de brisas, siempre, y de gorriones!  
¡Qué alegría recordar las veces que fuimos al parque del Cristo  
o al de la India, a poseer la grandeza de la noche!  
¡Las veces que recorrimos los patios de las barriadas pobres  
—me viene a la mente el de Empedrado, con la fuente Neptuno  
y los azulejos de San Francisco—,  
el antiguo palacio del Conde Pedroso  
y la Muralla, al caer la tarde!  
(También, por largo tiempo, anduvimos buscando  
los recovecos del Almendares.)*

. . . . .

*Cuando miro los barrios grises  
con sus bodegones viejos,  
las torres de la iglesia, allá arriba...  
siento la vida como recogida  
y la muerte igual.  
Solamente que esta ciudad es toda nuestra.*

. . . . .

*La Habana tiene zonas que nadie ha visto.*

Pero que el poeta nos descubre con amorosa mirada. En otro de los libros de Miguel Barnet, *Carta de noche*, hay nuevos brotes de su cálida filiación habanera:

### VEDADO <sup>3</sup>

*Sobre tus calles de arboledas y sombras, bajo tu cielo de verano, azul y único, en tus parques lentos, mitológicos, se recorta mi vida. Soy avaro de tu luz clara como un relámpago. Voy hacia tus álamos solitarios. Busco ufano las hormigas cautelosas del mediodía. Quiero desvelarme en ti. Vivir dentro de lo que amo.  
Como en una música cuya tierra es mía.*

En el poema «Bahía con perro amarillo»,<sup>4</sup> ese típico rincón habanero aparece en fugaz pero exacta imagen:

*Como los ojos de un sueño, los de este perro poseen un exceso de luz. Envuelto en las febriles sombras que manchan la estela del sol sobre la bahía, ronda y se estira este animal que forma parte de un paisaje personal y nuestro.*

. . . . .

*Al otro lado de la bahía resplandece la tarde con sus colinas y sus esmirriadas casitas de tablas.  
Al contrario de lo que se cree, La Habana es profunda, tanto que toca el fondo del mar. Es el gran ojo de la Isla, que mira, desde este punto, hacia todos los horizontes. Un carro de hombres y mujeres cruza estruendoso el Malecón. El perro amarillo se espanta. Pero queda su imagen, estática, como una estructura oculta a los que no saben ver. Afluye en mí, que estoy sentado en un banco de hierro del parque Luz y Caballero. Se hace de noche. [...] Destinados, inevitablemente, a la gran fuga, el perro y yo nos preparamos para mañana a cualquier hora del día.*

Otros poemas de Barnet, como «La fuente de la India», «Monte Barreto», «Plaza de la Catedral» y «Tren de lavado», muestran hasta qué punto la ciudad está dentro de él como sustancia de sí mismo, compartiendo sus acciones y sentimientos. En «Muelle de Luz»<sup>5</sup> se confirma esta plena identificación entre el poeta y su ciudad:

*La costa se ennegrece. Los barcos parecen detenidos.  
El mar viejo huele a kerosene, a piel podrida.  
Amo ese olor, esas aguas de desperdicios.  
Desde el anfiteatro llega un clamor de voces y aplausos.  
La vida, verdaderamente, no tiene fin.  
Frente a los antiguos monasterios tus ojos esparcen su fuego  
y yo no me atrevo a pedirte nada.  
Dirán que lo he perdido todo y es cierto.  
Pero cuán dulce fue tu voz aquella vez.  
Conservo tu recuerdo y eso me basta.*

Nancy Morejón (1944), nacida en La Habana, como Barnet, también siente correr en su sangre el amor a la ciudad, que brilla en su transparente poesía con la gracia y la luz que le son peculiares. Una de sus primeras obras, titulada *Amor, ciudad atribuida* (1964),<sup>6</sup> es ya indicio de esa devoción vitalicia. De ese extenso poema son estos fragmentos:

*Dentro de los márgenes de las aceras  
bajo los hábitos de una canción de esquina  
en el rumor de los pregones de los mundos  
habito el corazón de la ciudad teñido de esperanza  
un vientecillo oscuro y gentil comprende  
las miradas de los hombres que carpintean que atraviesan  
las calles y miran los cabellos  
los carpinteros trabajan con los cabellos enredados  
llenos de fuego y entre sus ojos hay de nuevo  
otra vez la ciudad que apacigua los árboles*

*es ésta la ciudad que por primera vez nos ama  
y que por último nos donará el regalo preciso de sus labios  
y en su sonrisa y los pasos de los colegiales que declaman  
al partir a la escuela*

*ya por demás hay sol en la ciudad y no hay tormento  
quizás el humo que levantan los cigarrillos y las fábricas  
las líneas de los automóviles la vista de los comercios  
los vidrios y los guardas y yo me siento tenue como  
si anduviese por la faz de esta ciudad impregnada de  
lágrimas  
benedicida por lágrimas*

*esta ciudad con sus alas doradas tan desprendida  
como un septiembre pardo y lamentable  
los buenos días resultan aquí cándidos  
porque devienen flores  
encuentran la vejez como los nichos sus sombras  
y las mamparas huecas teja y medio punto  
por este cielo joven*

. . . . .

*la lluvia como todo  
(la tarde, los ojos, las mejillas claras, uno)  
la calle y su tristeza la angustia como  
un perro  
que sumergido en las entrañas del alma  
arrugara la frente y se sintiera culpable  
de sus patas el agua que parece correr  
por mis ojos hoy es triste la lluvia  
se conforma con amar el pasado y los suelos  
y las anchas negras suaves calles  
los techos cantan como paredes hay roturas en  
la vieja ciudad sus aceras bendicen mi talle que respira*

. . . . .

Esta profunda relación amor-ciudad, volvió a aparecer en el tercer libro de Nancy Morejón, *Richard trajo su flauta y otros argumentos* (1967), con aire más suelto dentro de la misma atmósfera luminosa y alegre:

## AMOR, CIUDAD ATRIBUIDA<sup>7</sup>

*al lector, compañero*

*aquí vuelvo a decir: el corazón de la ciudad no ha muerto  
todavía  
no ha de morir jamás para nosotros*

*ay sueño, han vuelto las mamparas  
y los cabellos de los carpinteros revoloteando en la mañana  
amigándose ahora con todo lo que dejo a mi paso*

*ahora mi corazón se hospeda en la ciudad y su aventura*

*la poesía viene sola con todo lo que dejo a mi paso; flor o demonio,  
la poesía viene sola como un pájaro*

*(le doy un árbol rojo)*

*y se posa muy fiera sobre mi cabeza, y come mi esclerótica;  
pero ahora no es el alba tan sólo, no es tan sólo el cantar de los  
pájaros  
no es sólo la ciudad*

*aquí diré las olas de la costa y la Revolución  
aquí la poesía llega con una lanza hermosa para sangrarme  
el pecho*

*quién soy*

*quién oye el sueño de mi boca maldita  
para quién hablo, qué oído dirá sí a mis palabras*



*la boca del poeta está llena de hormigas cada vez que amanece*

*quién soy*

*el guerrillero, la loca que deambula, la medusa, la flauta china  
el sillón cálido, las algas, el cañón guardacosta, la angustia,  
la sangre de los mártires, el óvulo de Ochún sobre esta tierra*

*quién soy*

*que voy de nuevo entre las calles, entre orishas,  
entre el calor oscuro y corpulento,  
entre los colegiales que declaman Martí,  
entre los automóviles, entre los nichos, entre mamparas,  
entre la Plaza del pueblo, entre los negros, entre cantones,  
entre los parques, entre la ciudad vieja, entre el viejo viejo Cerro,  
entre mi Catedral, entre mi puerto*

*aquí vuelvo a decir: amor, ciudad atribuida*

Estar en el Parque Central de La Habana es como acercarse al corazón de la ciudad, como sentirse en su regazo cálido; Nancy Morejón nos aproxima hacia ese ambiente inconfundible en una fecha y una hora que se disuelven en la luz de cada día para siempre:

## PARQUE CENTRAL, ALGUNA GENTE<sup>8</sup>

3 p.m.

*el que atraviesa un parque en La Habana grande y floreciente  
con mucha luz blanca mucha luz blanca  
que hubiera enloquecido el girasol de aquel Van Gogh  
con luz blanca que llena los ojos de los chinos  
de los chinos fotógrafos*

*El que atraviesa un parque y no comprende esa luz blanca que  
se repite casi  
el que no entiende de esas horas  
de todos los rodeos innecesarios y todas las vueltas  
alrededor del Parque Central de La Habana  
el que atraviesa un parque con árboles sagrados  
el que pasa con los ojos abiertos y cerrados  
amando el golpe de la Revolución en los ojos  
el golpe que se lleva en los ojos y en la cintura  
el que se sostiene de esa luz puede que sepa de la noche  
y el vino*

*porque en los parques y en este que es central el de La Habana  
los viejos se sientan en un banco encienden un tabaco se miran  
y conversan de la Revolución y de Fidel  
los viejos que ahora permanecen en un banco y toman  
el sol y toman el sol y toman el sol  
para nadie es secreto  
allá van dos hombres y una cartera vieja destartada  
una mano regordeta un grito con un sombrero gris  
los viejos que se ven al lado de una estatua  
del apóstol Martí en 1966 en diciembre de 1966 acabándose  
el año y esperando  
«el aniversario de la libertad y rindiendo homenaje a los  
mártires»*

*sí  
a todos los hombres que murieron del pueblo y su sangre  
para tomar el sol de la tarde en La Habana Cuba territorio en  
América  
el que atraviesa en esa forma el parque este mundo la  
vejiga de la Revolución  
tiene que suspirar  
y andar despacio y respirar  
y andar ligero y suspirar y respirar y andar despacio  
y dar toda la vida*

*rabiosamente*

*compañeros*

Otro espacio vital de la urbe habanera captado por la poesía  
de Nancy Morejón:

## PUERTO DE LA HABANA<sup>9</sup>

*albañiles carretoneros improvisados pescadores  
caminan bajo el sol  
junto a toda la costa de La Habana  
el mar insólito y azul ya queda sobre el muro  
desnudo  
el pequeño Gabriel estruja un mango*

*a lo lejos  
un bebedor de ron se aniquila a sí mismo  
con un puñal de espera*

*a lo lejos  
una lancha se encamina a cortar  
el ombligo del cielo*

*allí siguen los hombres caminando rojizos  
trayendo la carga de chapapote negro  
en las espaldas  
mientras el mar insólito y azul*

## Notas

- 1 Miguel Barnet. *Viendo mi vida pasar*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1989, p. 11. (Es una antología de su obra poética.)
- 2 *Ibid.*, p. 24.
- 3 *Ibid.*, p. 103.
- 4 *Ibid.*, p. 104.
- 5 Miguel Barnet. *Carta de noche*. La Habana, Ediciones Unión, 1982.

- 6 Nancy Morejón. *Amor, ciudad atribuida*. La Habana, Ediciones El Puente, 1964.
- 7 Nancy Morejón. *Richard trajo su flauta y otros argumentos*. La Habana, Ediciones Unión, 1967, p. 39.
- 8 *Ibid.*, p. 50.
- 9 *Ibid.*, p. 41.



XVI  
La Habana,  
Rampa arriba Rampa abajo



**L**a zona más moderna y de mayor atracción de la capital, sobre todo de la juventud habanera, en las últimas décadas del claudicante siglo xx es, sin duda, la de La Rampa. Sin embargo, apenas los poetas han reflejado en sus versos la seductora personalidad de esta parcela de la Avenida 23 y sus calles aledañas, de tan impetuoso desarrollo urbanístico a partir de la década de los años 50.

Aunque La Rampa, propiamente dicha, se inicia desde la calle K —donde resalta la tentadora cúpula de esa catedral del sabor que es la Heladería Coppelía—, el declive que la caracteriza comienza en la calle L. Recuérdese que debe tal denominación a que conforma «un plano inclinado para subir y bajar por él», según se define la rampa. La bajada desemboca frente al mar, en pleno Malecón. En el descenso, el orden lateral de las calles que se cruzan es natural (M, N, O, P), pero la numeración de las casas es a la inversa. Sucede que a los efectos de la lógica administrativa municipal, la calle 23 —de que es excepcional desprendimiento autónomo La Rampa— comienza en la intersección de Infanta y Malecón, que es como decir en plena línea fronteriza de la urbe propiamente dicha (La Habana) con una de sus más bellas barriadas (El Vedado).

Hay que anotar, pues, esas dos condiciones topográficas como una de las peculiaridades de la atractiva Avenida: su situación

privilegiada entre La Habana y El Vedado, equidistante de todos los extremos, y ese encuentro sorprendido entre las letras que bajan desde la calle L, por el declive hasta el mar para detener el alfabeto en la P, y los números que suben la pendiente para continuar su ascenso mucho más allá de L, y hallar después de la Avenida Paseo, una vez rebasada la A, el súbito ordenamiento de las calles con los números pares.

La influencia de La Rampa en su impulso de moderno desarrollo urbanístico fue tan poderosa, que se extendió a toda su área limítrofe, al punto de crearse una «zona de La Rampa» que se ha convertido en región inconfundible de la capital, una superficie de muy definidas características, donde se concentran actividades de toda índole, pequeño universo de la modernidad con hoteles, cines, salas de teatro, restaurantes, cafés, bares, heladería, plantas y estudios de radio y televisión, tiendas y servicios diversos, salas de exposiciones, oficinas, empresas de aviación, cabarets, etcétera.

Un poeta argentino de fugaz residencia habanera, Mario Trejo, en ágil crónica («La Rampa, anatomía de una calle», revista *Cuba*, julio de 1964), apuntaba:

Todas las ciudades del mundo tienen una calle que las caracteriza y las define. Calles donde uno siempre está seguro de encontrar a alguien —amigo o enemigo— o al amor de su vida. Calles de luz y gente que amparan al solitario. Calles que proponen un viaje y siempre son una aventura inesperada. Avenue des Champs Elisées en París, Avenida Copacabana en Río, la Gran Vía de Madrid, calle Corrientes de Buenos Aires, Vía Véneto de Roma, todas tienen un común denominador. Y la Rampa define a La Habana.

Y sentenciaba el poeta al inicio de su estampa: «La Rampa no es una calle. La Rampa es un estado de ánimo.»

En su poema —ya citado— «Cuatro leguas a La Habana» (que da título a su libro de 1978), el poeta Mario Martínez Sobrino ofrece una rápida visión de La Rampa en su primera etapa de desarrollo (años 50). Recuérdese que se trata de un texto narrativo del recorrido de la ciudad por habitantes de un barrio suburbano, que lo observan todo con rasgos caricaturescos como



en estado casi demencial, expresado en verso libre y en el tono coloquial propio de los poetas de «la generación de los años 50». En medio de su bohemia delirante, el personaje del poema no deja de advertir que ha encontrado el nuevo centro de la capital. El fragmento:

*Iremos a La Rampa, nueva.  
Allí estarán los rascacielos.  
Alrededor del centro que buscamos.  
Allí estará el centro, seguro.  
Están haciendo hoyos, llenando hoyos.  
Nos equivocamos de centro, Nicolás.  
Para levantar pilas de cristales, luces de mercurio,  
postes de platino, bares de oro, tiendas de acero,  
calobares, marcos muy sobrios, puertas lisas,  
alfombras, aire refrigerado, los ladrillos acústicos,  
mosaicos y colores diferentes,  
una calle grandísima con despojo hecho silencio,  
gente sin maldición.  
Sin muñecos, desojados, cartuchos, ataúdes,  
sin orines, fantasmas, sin estatuas.  
Rampa rampante  
es un plano inclinado,  
si subimos La Rampa caemos al mar.  
El rabo del ciclón. ¿No te das cuenta todavía?  
No nos equivocamos de centro. Ya lo encontramos.  
No hay más centro que buscar. [...]*

Pero también es Martínez Sobrino el poeta de La Rampa cuando esta avenida se ha convertido en la favorita de la juventud para el grato paseo vespertino o nocturno, como lo fueron en otras épocas la Plaza de Armas, la Alameda de Paula, el Paseo de Isabel Segunda, la Alameda de Tacón o Paseo Militar, Prado y Malecón, etcétera. «Rampa abajo, Rampa arriba», la alegría juvenil circula sin cesar, en fiesta de voces y colores, luces y ruidos. El poeta participa y nos hace participar en la frívola aventura, no exenta de nostalgia, en composi-

ción que tomamos de su libro *Poesía de un año treinta y cinco* (La Habana, 1968):

## SÁBADO POR LA RAMPA ABAJO

*Desciendo lentamente  
a un tapiz de miradas  
(encuentro ya recuerdos de tu pelo)  
obedezco mis pies  
a un órgano de pasos  
(Y algunas piernas son casi las tuyas)  
añado cada brazo  
a una máquina húmeda  
(De esa pulpa tersa eran tus caderas)  
fluyo en una colmena  
de abejas derretidas  
(Vienen tus senos en la blusa de acqua)  
ando por un anillo  
de serpiente anhelante  
(Hallo tus muslos me pasan se alejan)*

. . . . .

*vas y vienes del sueño, sueño que ya fue.  
Las luces de la marquesina se roban mi sombra.  
Los rostros de los vagabundos pasan sobre el mío.  
La noche de mi ciudad está olvidando mi cuerpo.*

*(Una vela avanza  
el peso dejado:  
impura crisálida  
no hay mástil no hay viento  
¿a qué navegante?  
Fantasmas.)*

*De pie,  
la espalda roída por murmullo*

*acre  
la brisa con la frente unida,  
salinas,  
las manos acariciando el muro,  
las manos húmedas,  
el muro áspero,  
el borde a la madera de los días —ahora de mis días—  
descubierto solo  
y  
solo otra vez.*





# XVII

## P

laza de la Revolución:  
la historia y el futuro



**L**a poesía tiene muchos caminos por donde transitar, y muchos rostros con que mostrarse y muchas maneras de ejercer su poderosa y deleitosa magia. Y la ciudad no ignora ese omnímodo secreto de la poesía, que a veces fulgura en la chispa de una décima, como en esta de Ana Núñez Machín (1933):

#### HABANA<sup>1</sup>

*Habana, tierra crecida  
sobre el corazón del mar,  
tu cuerpo es un palpitar  
de mulata presumida.  
Mientras la risa se anida  
en el regazo del viento,  
la Catedral, monumento  
perpetuando letanías,  
arrulla todos los días  
tus arrobos de cemento.*

En otras ocasiones la poesía de la ciudad brota súbita y profunda del recuerdo y la nostalgia, en tierras lejanas.

La evocación conmovida es de Rolando López del Amo (1937):

## HABANA<sup>2</sup>

*Habana, te recuerdo levantada en tus rocas,  
tendida hacia la roja tierra y hacia las aguas.  
Te recuerdo en la lucha dolorosa del tiempo:  
en toda la alegría de un Enero confiado,  
en los días tremendos y sobrios de un Octubre  
y un Agosto tranquilo frente al mar, en el muro.*

*Habana, te recuerdo en todo lo que amo,  
en las casas y calles que me dieron la vida.  
Cada piedra conserva sus marcas. Cada hombre  
conserva sus recuerdos a pesar del olvido.  
Habana, desde el fondo vivo de la memoria  
te nombro y te retengo.*

Una estudiante universitaria recorre casas y sitios de La Habana con sus compañeros de la asignatura de Historia del Arte. De aquellas visitas quedaron líricos testimonios donde la ciudad alienta en rápidas visiones. Son algunas de «las visitas»<sup>3</sup> de Mirta Yáñez (1947):

## I/III

*Fue la mañana que correteábamos por el Malecón,  
dejando para los más prudentes  
las visitas de compromiso,  
y me contabas historias inesperadas*

. . . . .

*Y aunque hablabas de tus antepasados,  
jadeando por lo aprisa que saltábamos*



*las calles,  
yo no podía hacer otra cosa  
que mirar el abismo azul del mar  
por encima de nuestras cabezas.*

II/V

*No sé cómo se me ocurrió  
que los domingos,  
en agosto,  
cualquiera puede morir,  
por entrar, de repente,  
en la Plaza de la Catedral.*

II/VII

*Reina es una calle demasiado larga  
cuando la impaciencia no es para uno  
—ya se sabe  
que al otro lado del hilo  
hay alguien que está esperando—  
y el único papel sobrante  
es el de la cortesía.  
Se pueden aprender todas esas cosas  
además del art-nouveau,  
mientras se camina  
luchando contra el tiempo,  
dolorosamente.*

II/IX

*No era alegre, ni feliz,  
ni particularmente optimista,  
pero era muy lindo  
pensar  
que teníamos una ciudad entera  
para nosotros solos.*

De la ciudad visitada en conjunto, continuamos con un lugar vivido desde dentro del poeta de la Calzada de Jesús del Monte: la Esquina de Toyo —por la panadería de este nombre allí establecida—, y en ella transcurrió parte de la infancia de Carlos Martí Brenes (1950), quien la evoca con su propio clima poético, naturalmente. Pero pudiera completar su poema la lírica visión de *La Calzada de Jesús del Monte*, de Eliseo Diego:

#### ESQUINA DE TOYO<sup>4</sup>

*Cada vez que atravieso una calle  
y los niños se mofan de mi andar  
recuerdo el barrio  
con sus arboledas inmutables.*

*Todo el fardo de la memoria  
con sólo cerrar los ojos:  
la piedra que golpeó la farola  
y la sangre en la herida del niño;  
el barbero de la esquina  
como un verdugo sonriente  
y el esqueleto torvo  
de los borrachos,*

*inmóvil en su careta de muerte  
el mendigo de Toyo  
con los harapos rezumando  
agrias levaduras del pan  
junto a los carretones de corceles imaginados.*

. . . . .

*Allí nació la abuela  
y en el mismo sitio  
fue lumbre y fue almohada  
del solitario gallego que todavía yo escucho*

*bajo el parral fingido  
con su vozarrón de los vinos  
y las cebollas*

. . . . .

*mi madre es aquella niña sonriente  
como una fotografía,  
que patinaba en los parques  
cada domingo  
para darle a mi padre los hijos  
de enero a diciembre  
y de diciembre a enero.*

*Cuando la noticia conquistó a los niños  
¿quién fue el primero que tiró del elástico  
más allá de la ruta del ómnibus  
y el pregón alucinante de la Patria?*

*Apenas rielaron las luces  
en la pantalla del amanecer  
todos partimos como abuelos  
abandonando sus encinares y aldeas.*

. . . . .

*Se han desordenado las calles  
y el mendigo de Toyo  
no encuentra la sucia esquina  
donde volver a morir  
de hambre y de aburrimiento.*

Las ciudades pueden ejercer su influjo sobre sus habitantes y visitantes de muchas maneras, como podrá haberse advertido a lo largo de este recorrido por la poesía inspirada en la ciudad de La Habana. El secreto está en cómo traducir la visión al lenguaje poético, o mejor dicho, en cómo captar no sólo las cosas, sino su misterio y su ambiente, en el verso. Una hija adoptiva de la ciudad, que ha sorbido los aires y los jugos de muchas ciudades de nuestra América y de Europa, y que heredó un poderoso legado

poético en su sangre, Aitana Alberti, ha logrado percibir ese misterio del ambiente habanero en los ágiles trazos de estos fragmentos de sus «Meditaciones en La Habana».

*Tú te impones a mi canto*

*Busco en la leve noche  
intimar con la cintura del puerto.*

*Un parpadeo tropical  
—la farola marca la síncopa—*

*Manos que van del apagado galaico  
al profundo nigeriano  
aprietan la curva del Malecón  
beben sus jugos*

*Aprietan el pezón del Capitolio  
Llueve una leche dulcísima  
con sabor a infante recién dormido*

*Aprietan la torre más robusta de la Catedral  
Allá va el globo santo por los aires  
con sus mármoles desplegados  
hacia la Virgen de Regla oh Yemayá!*

*Y tú te impones a mi canto  
porque tu canto no es de ahora*

. . . . .

*Te impones  
aunque haya mucho desgaste  
mucha columna horizontal  
mucho aguacero a las tres de la tarde*

. . . . .

*Impones  
tu secreto carcomido tu secreto*

*de oro solar  
envuelto en ropajes incandescentes  
Al mediodía eres reina  
de todos los posibles  
enhiesta reina marina  
con atributos sacros  
Los ojos del dragón llamean por los tuyos  
Orishas baten tus hierros  
agitan palmas rodeándote de un ciclón  
invencible*

*Pones cañamazos estirados  
a cernir el salitre  
y mis penas  
mis penas habituales  
a deambular por la corriente del Golfo*

*Mis penas  
mis penitas penas  
te mecen te arrullan  
cuando te toco  
cuando me dejas tocarte  
con la punta de mi amor*

*Y la farola  
—pupila al viento—  
marca la síncopa.*

La capital también tiene su corazón, ese punto sensible que marca el ritmo de la vida. La Plaza de la Revolución es el corazón de la ciudad de La Habana, donde en sus momentos supremos de victoria, de dolor o de combate, el pueblo se congrega ante la imagen de José Martí, en fervorosa comunión patriótica. En la paz de la noche, Cintio Vitier (1921) invoca la poderosa presencia de constante, infinita poesía, y es una voz que queda resonando para todos los días:

## GUARDIA NOCTURNA<sup>5</sup>

### Frente al monumento a Martí

*Yo estoy aquí de paso, cuidando un edificio,  
pero el que está de guardia permanente eres tú.*

*Un parpadeante cielo de estrellas azules  
te rodea en la plaza silenciosa. ¡Oh mármol:*

*todo lo que se mueve en torno tuyo, gira  
por dentro de las venas de la Revolución!*

*Escudo que no puede tocar el enemigo,  
proyectándonos, padre, como debemos ser,*

*estás sentado al centro de la noche infinita:  
Gran Semí, jeroglífico de un invisible Sol.*

Otro poeta, forjado en el proceso revolucionario, Nelson Herrera Ysla (1947), en verso de juventud cantó «A la Plaza en constante exaltación lírica»,<sup>6</sup> estampa lograda en rápidos trazos:

*Volver a la Plaza,  
caminar hacia la Plaza, hacia ese momento irrepetible de la vida  
devorado por una rosa que arranco en el camino.  
La enorme valla en la Biblioteca Nacional.  
Las tiendas de campaña de la Cruz Roja.  
Las banderas detrás de la tribuna,  
que llegan también desde la calle.  
Un niño en el hombro de su padre.  
Alguien que no ha dormido.  
Los que no llegaron a sus casas, sino que vienen directamente  
de su centro de trabajo.  
Quizás se encuentren, quién sabe.  
Pañoletas y cartones con consignas.*

*El nuevo uniforme escolar azul, carmelita, ahora los verdes.  
Los altavoces y el calor de los cuerpos pegados.*

*Ir a la Plaza, como volver a la ciudad natal,  
donde todo ha cambiado y nada ha cambiado.  
Saludar a los viejos amigos «con afecto mundial de vela que  
se enciende».*

*Plaza sola de todos los días, gigante como un valle.  
A ti acudiremos para escuchar el corazón de los cubanos.  
Luis, Sara, Nancy, están allí esperándome.*

*Tengo una sed enorme.*

Otro canto a la Plaza de la Revolución, desglosado del libro-poema *Isla en el tacto*,<sup>7</sup> de Ángel Augier:

## PLAZA DE LA REVOLUCIÓN

*Plaza de la Revolución, arena  
tibia que un mar humano invade:  
golpea su oleaje, el ímpetu  
no cesa. Las banderas desfilan  
y es el futuro que ondea  
en este viento fundador,  
en este viento que levanta gritos y cabellos,  
que agita consignas y sombreros y sonrisas.  
Los colores navegan como las voces  
en esta ondulante masa que se nutre  
de sí misma, y que abre todo el espacio de la tarde  
a su avance de tempestad serena.  
El sol se refleja en la piel numerosa,  
en esta unidad plural que se reparte  
como en olas o escamas:  
el sol arde en la punta de los edificios y los pensamientos,  
en las nubes y en las frentes,  
y como algo que no estaba escrito*

*está presente y poderoso  
y alza el gusto y el brillo de la vida  
y hay un rumor profundo como de historia que se hace,  
que se cocina en este fuego, en esta  
flamígera sustancia incontenible,  
en este turbión apasionado.*

*El yo se disuelve en un nosotros inmenso,  
un nosotros hecho de todos. Las gotas de agua  
que reúnen el mar, que lo completan  
en su imagen de titán jamás vencido.  
Es que el pueblo ya sabe  
el secreto del mar, esa sencilla  
manera de ser uno y diverso,  
de formar una sola gran fuerza que no se detiene,  
que se mueve creadora, que abre  
caminos y abismos y levanta montañas  
y nunca se dispersa y se renueva siempre  
y permanece el mismo.*

*Plaza de la Revolución, zócalo  
de la unidad victoriosa, trinchera  
ardiente de la paz, con el pueblo con tanques  
y banderas y sueños y fusiles, dimensión  
donde el coro de la Internacional brota  
como para cubrir la tierra toda  
con su cálido aliento humano: pedestal  
de Martí en el firme corazón de las masas  
que aman y fundan; tribuna  
donde todas las voces florecen  
en una sola resonante voz  
que llega a todos los ámbitos  
con el clamor de Cuba en sus ecos  
como de olas que estallan  
al resplandor de un mundo nuevo.*

Otro conmovedor acto de amor a la ciudad, es la tierna ofrenda lírica a la amada, del poeta Fayad Jamís:



## SINO EXISTIERAS

(Canción)

*Qué sería de mí si no existieras,  
mi ciudad de La Habana.*

*Si no existieras, mi ciudad de sueño  
en claridad y espuma edificada,  
qué sería de mí sin tus portales,  
tus columnas, tus besos, tus ventanas.*

*Cuando erré por el mundo ibas conmigo,  
eras una canción en mi garganta,  
un poco de tu azul en mi camisa,  
un amuleto contra la nostalgia.*

*Y ahora te camino toda entera,  
te vivo toda hasta la madrugada,  
soy el viento en tus parques y rincones,  
soy ese sol que te acaricia el alma.*

*Ciudad de mis amores en el polvo,  
bella ciudad de podredumbre y alas,  
en ti nací realmente un mes de enero  
cuando golpeó en tu pecho la esperanza.*

*Si viví un gran amor fue entre tus calles,  
si vivo un gran amor tiene tu cara,  
ciudad de los amores de mi vida,  
mi mujer para siempre sin distancia.*

*Si no existieras yo te inventaría,  
mi ciudad de La Habana.*

(1984)

Queda inconcluso aquí el gozoso recuento de la poesía de la ciudad de La Habana, abierto a las voces líricas que no fueron

percibidas en la pesquisa y a las que vendrán mañana a ofrendar sus cantos de amor y de homenaje a esta musa que es lo que es por ser la capital de nuestra patria, Cuba.

## Notas

- <sup>1</sup> Ana Núñez Machín. *Desde el amor*. La Habana, Ediciones Unión, 1986.
- <sup>2</sup> Rolando López del Amo. *Los nombres y los días*. La Habana, Ediciones Unión, 1977, p. 141.
- <sup>3</sup> Mirta Yáñez. *Las visitas y otros poemas*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1986.
- <sup>4</sup> Carlos Martí Brenes. *A finales de siglo*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1987.
- <sup>5</sup> Cintio Vitier. *La fecha al pie*. La Habana, Ediciones Unión, 1981, p. 38.
- <sup>6</sup> Nelson Herrera Ysla. *La tierra que hoy florece*. Universidad de La Habana, Departamento de Actividades Culturales, 1978. (Premio de Poesía 13 de Marzo.)
- <sup>7</sup> Ángel Augier. *Isla en el tacto*. La Habana, Ediciones Unión, 1965, p. 91.



XVIII

Olas de amor y poesía,  
que nunca cesarán



**P**oesía de La Habana! Abierta al mar, a la luz y el aire del trópico, la ciudad prodiga su poesía a plenitud, y los poetas la perciben y la revierten en ella, remedando el eterno juego de las olas, que acuden constantes al litoral como a dar y a recoger, simultáneamente, estremecidas flores de espuma, en incesantes, repetidos viajes de música y canciones. Es el acto de amor de la poesía, que se da y recibe en recíproco afán creador.

Porque acto de amor a La Habana quiere ser este manojo de poemas inspirados en y por la ciudad, que en páginas añejas y recientes hemos espigado, en paciente y apasionada búsqueda por archivos y bibliotecas.<sup>1</sup> La compilación ha exigido el examen de un período histórico bastante prolongado, que abarca más de dos siglos, y es natural que quienes nos sigan en el emocionado recorrido encuentren las más diversas tendencias poéticas, los más variados matices, con los modos de cada época y de cada poeta, desde las formas tradicionales de versificación y sus variantes ocasionales hasta las de mayor libertad expresiva de la modernidad; desde las formas de más directa comunicación hasta aquellas de mayor hermetismo lírico, o de lirismo hermético...

Al terminar el concierto, quedan vibrando las notas del amoroso milagro de la poesía que ciñe a la ciudad junto al cinturón de olas que a su talle marítimo se ajusta:

*La Habana, al borde del azul que avanza,  
alza la luz que en lo alto reverbera  
y en el aire y las olas canta y danza.*

*Ella es novia que siempre nos espera  
y desde sus balcones de corales  
saluda con su blusa marinera.*

*Aquí forjó de líquidos cristales  
el ligero contorno de su brisa  
y el sabor sempiterno de sus sales.*

*Con el beso nos brinda la sonrisa  
en la límpida copa iluminada  
que con cada crepúsculo se irisa.*

*Ciudad de faz radiante y piel tostada:  
tu extenso litoral es pecho abierto  
al goce de la hermosa marejada.*

*En gigantesco y mágico concierto  
se han de inundar de música y canciones  
Playa, Vedado, el Malecón, el Puerto...<sup>2</sup>*

## Notas

- <sup>1</sup> Quede constancia aquí de mi agradecimiento al querido amigo y compañero Omar Perdomo, por su valiosa colaboración en la investigación desarrollada en este territorio poético.
- <sup>2</sup> «Joven del mundo: Cuba es tu casa», poema al XI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, celebrado en La Habana en 1978. En Ángel Augier. *Todo el mar en la ola*. La Habana, Ediciones Unión, 1989, p. 71.

# Índice de autores

## A

Abella, Lorenzo 86  
Acosta, Agustín 90, 109, 125  
Alberti, Aitana 298  
Alberti, Rafael 158, 159  
Alfonso, Domingo 262, 268  
Alfonso Sarabia, Ricardo 96  
Arrate y Acosta, José Martín Félix de  
22, 23, 33  
Arrufat, Antón 182, 183, 263, 268  
Augier, Ángel 15, 87, 101, 139, 164,  
215, 301, 304, 308

## B

Ballagas, Emilio 72, 73  
Barnet, Miguel 271, 275, 276, 281  
Betancourt, José Victoriano 120, 125,  
182  
Blanco, Andrés Eloy 146, 148, 161  
Branly, Roberto 246, 247, 251  
Bremer, Fredrika 52, 63

## C

Calcagno, Francisco 23  
Camín, Alfonso 98, 99, 135

Capacho, El 24

Carbonell, José Manuel 96, 102  
Cardoza y Aragón, Luis 153  
Carpentier, Alejo 30, 80, 111, 201,  
203, 204, 205, 215  
Carrera Andrade, Jorge 154, 155, 164  
Casal, Julián del 62, 228  
Castillo, Gustavo del 130  
Cernuda, Luis 160  
Chacón Nardi, Rafaela 88  
Colombini y Comayori, D. Francisco  
María 26

## D

Darío, Rubén 134, 139, 144  
Dávila Orejón, D. Francisco 22, 33  
Delgado, José María 148  
Diego, Eliseo 122, 125, 180, 187,  
188, 191, 195, 197, 207, 296

## E

Echeverría, José Antonio 24, 78

## F

Falgairolles, Adolf de 149

Fernández, Pablo Armando 257, 267  
Fernández Retamar, Roberto 249,  
251, 255  
Florit, Eugenio 149

## G

García Agüero, Salvador 80, 98  
García Bustillos, Gonzalo 161  
García Lorca, Federico 157  
García-Marruz, Fina 28, 33, 38, 45,  
47, 63, 69, 73, 219, 222, 233,  
234, 236, 237  
Gaztelu, Ángel 210  
González, Rafael U. 78  
González del Valle, Francisco 47, 64,  
73  
González del Valle, José Zacarías 54,  
56, 64, 107  
Guillén, Nicolás 30, 33, 175, 183

## H

Henríquez Ureña, Max 71, 73  
Heredia y Heredia, José María 70, 71,  
73  
Heredia y Girard, José María de 70,  
72  
Hernández Catá, Alfonso 171, 172  
Hernández Miyares, Enrique 77, 101  
Herrera, Georgina 266, 268  
Herrera Ysla, Nelson 300, 304  
Hidalgo, Ana María 174  
Hughes, Langston 157  
Humboldt, Alejandro de 23, 24  
Hurtado, Oscar 114, 116, 125

## I

Ibarzábal, Federico de 91, 94, 101,  
102, 107, 116, 125, 167  
Indio Naborí 123

## J

Jambrina, Bernardo 108, 125  
Jamís, Fayad 241, 243, 246, 251, 302  
Jiménez, Juan Ramón 163  
Jorrín, José Silverio 51, 52, 54, 63  
Jústiz de Santa Ana, Marquesa de 25,  
26

## L

La Villa, Sergio 97  
Lázaro, Ángel 84, 118  
Leal Spengler, Eusebio 17, 33, 161  
Lezama Lima, José 33, 46, 47, 84,  
164, 205, 207, 210, 215  
Levchev, Liubomir 113, 125  
López del Amo, Rolando 294, 304  
López Lemus, Virgilio 267  
López Prieto, Antonio 26, 33, 64  
Loynaz, Dulce María 181, 183

## M

Maiakovsky, Vladimir 143, 144, 164  
Mañach, Jorge 94, 102  
Marquina, Eduardo 136  
Martí Brenes, Carlos 296, 304  
Martínez, Saturnino 54, 64  
Martínez Baena, Carlos 111, 125  
Martínez Sobrino, Mario 226, 237,  
286, 287  
Martínez Villena, Rubén 168, 170,  
172, 183  
Méndez Capote, Sarah 172  
Milanés, José Jacinto 100, 102  
Morejón, Nancy 276, 278, 279, 281,  
282  
Muñoz del Monte, Francisco 58

## N

Navarro Luna, Manuel 112, 113, 125  
Noda, Tranquilino Sandalio de 67



Nogueras, Luis Rogelio 119  
Núñez, Serafina 179  
Núñez Machín, Ana 293, 304

## O

Oraá, Francisco de 228, 231, 237  
Oraá, Pedro de 255, 257, 267  
Orta Ruiz, Jesús, *el Indio Naborí* 123  
Oshanin, Lev 156

## P

Palma, José Joaquín 59, 64  
Pedroso, Regino 86, 94, 101  
Peón y Contreras, José 129  
Petit, A. M. 176  
Plácido 69, 70

## R

Reyes, Alfonso 145, 146, 164  
Rocasolano, Alberto 260, 261, 268  
Rodríguez Ucres, José, *el Capacho* 24  
Roig de Leuchsenring, Emilio 33, 47,  
87, 105, 124, 161, 187, 197  
Rueda, Salvador 131, 132, 134, 135,  
136, 139

## S

Salas y Quiroga, Jacinto de 56, 64

Sánchez Galarraga, Gustavo 106,  
125

Sansores, Rosario 79  
Sarabia, Ricardo Alfonso 96  
Solís, Cleve 223, 225, 227, 237  
Stevens, Wallace 150, 153, 164  
Suardíaz, Luis 123, 125, 258

## T

Tablada, José Juan 137, 139  
Tallet, José Z. 220  
Trejo, Mario 286

## V

Valdés, Gabriel de la Concepción,  
*Plácido* 69  
Valdés, José Irene 117  
Villaespesa, Francisco 136, 139  
Vitier, Cintio 58, 63, 69, 70, 73, 163,  
233, 299, 304

## Y

Yáñez, Mirta 294, 304

## Z

Zequeira y Arango, D. Manuel de  
28, 29, 31, 32, 33, 37, 45, 46,  
47

# Índice de títulos

## A

Abejas criollas, Las 132  
Aceras de Neptuno, aceras de San Rafael 263  
Acordeoncito, El 233  
Adiós a Cuba 136  
Adiós a La Habana 249  
Aire de La Habana, El 160  
Al Almendares 181  
A la Fontaine de la India 70  
A la Fuente de la India 71  
A la Fuente de la India Habana 69  
A La Habana 135  
Alameda de Paula vista al morir el día, La 55  
A la Plaza en constante exaltación lírica 300  
Al patio del Palacio Municipal 87  
Al Torreón de San Lázaro 120  
Amor, ciudad atribuida 276, 278  
Anatomía de una calle, La Rampa 286  
Apunte 176  
*Apuntes para una mitología de La Habana* (fragmentos) 255  
Apuntes poéticos 157

Apuntes sobre la Catedral 84  
Atardecer sobre San Anastasio 247  
Avenida del Malecón, La 113

## B

Bahía con perro amarillo 275  
Bahía de La Habana 207  
Barrio de Desamparados 84  
Black and White 144  
Blasón heroico 97  
Buenos días, Habana 260

## C

Calzada de las ferreterías 256  
*Calle de Mercaderes...* 180  
Canto a La Habana 171  
Ciudad, La 266, 273  
Ciudad de las columnas, La 201  
Ciudad dormida 77  
Ciudad nuestra de Portocarrero, La 258  
Ciudad del trópico, Una 167  
Ciudad vieja, La 79  
Cochero, El 106  
Color de La Habana 155

Columnas, Las 190  
Construcción de la Ciudad 228  
Cuatro leguas a La Habana 287  
Cuba dentro de un piano 158

## D

Del Almendares 182  
De noche 78  
Descripción exacta de la general  
alegría y majestuoso modo con  
que se descubrió al público la  
excelente estatua del señor don  
Carlos III, el día 4 de noviem-  
bre de 1803... 32  
Descripción de la Fuente de la India  
68  
Descripción de La Habana 157  
Descripción de los quitrines 56  
Discurso académico en La Habana  
150  
Discurso en alta voz 159  
12 y 23 243  
Dolorosa métrica expresión del sitio  
y entrega de la Havana 25

## E

Elogio de la Catedral 81  
En casa de Tallet 220  
En el Malecón 108, 109  
En el muro del Malecón 117  
En la esquina 195  
En Neptuno 219  
En una loma de Regla 52  
Envío 172  
Esquina de Toyo 296  
Estampa 159

## F

Films habaneros 134  
Fragor de armas, Un 95  
Fuente colonial 72

## G

Glorias de la Havana, Las 27  
Guardia nocturna 300

## H

Habana 23, 59, 131, 294  
Habana, a ti te hablo 261  
Habana del Centro 234  
Habana, La 148, 155, 156, 174  
Habana futura, La 133  
Habana Vieja, La 176  
Habana vista desde la loma de  
Guanabacoa, La 51  
Habanera 123  
Hablo de la ciudad 262

## I

Impresión de La Habana 138  
Impresiones de la conjunción de La  
Habana 163

## J

Joven del mundo: Cuba es tu casa  
308

## L

Lienzos marinos 91  
Lontananza 117

## M

Malecón 118  
Mamut en La Habana, El 161  
Mar abierto 112  
Más de la ciudad 267  
Meditaciones en La Habana 298  
Mercado de Cristina, El 222  
Morro, El 96, 97, 99  
Morro de La Habana, El 98  
Morro en luz, El 99  
Muchachas del Paseo, Las 56

Muelle de Luz 276

## N

Nacimiento de La Habana 206

Negro mar, El 175

Noble Habana, La 235

Noche habanera 107

Nocturno diferente 214

Nombres de las calles, Los 231

## O

Ómnibus y la ciudad, El 241

## P

Palabras a mi ciudad 179

Parque Central, alguna gente 279

Parquecito del Cristo 80

Parque de las estatuas 225

Paseo del Malecón 115

Paso de Agua Dulce, El 191

Patio habanero 86

Plaza de Armas 227

Plaza de Armas, La 223

Plaza de la Revolución 301

Plaza de San Francisco, La 100

Poema 119

Poema I 271

Poema a Cuba 149

Poème de la Cité 172

Poesía como angustia, La 246

Por la Calzada de Jesús del Monte  
188

Portales, Los 192

Postal. A la ciudad de La Habana 129

Primer discurso, El 189

Puerto de La Habana descrito por  
Alejandro de Humboldt, El 24

Puerto de La Habana 281

Puerto de La Habana, El 53

Puerto, o la poesía diversa, El 211

## R

Reloj de la Havana 29

Retrato de la Aurora 29

Río de Heráclito, El 263

Romance de la bahía de La Habana  
210

Ronda verificada la noche del 15 de  
enero de 1808, La 38

## S

Sábado por La Rampa abajo 288

Salutación a Cuba 136

Sinfonía urbana 168

Si no existieras 303

Sol, aguamar y palmeras 153

Soneto (La Habana, siglo XVIII) 30

Sweater rojo 168

## T

Tarde de lluvia 62

Tardes del Malecón, Las 111

Templete, El 88, 90

Tercera velocidad 146

Torreón de San Lázaro, El 122

Trópico 145

Trueno de las nueve, El 124

## V

Vedado 275

Verano en La Habana, El 58

Viaje que hizo desde La Havana a  
Vera-Cruz y Reyno de México el  
P. Fray Gregorio Uscarrell 24

Visión de La Habana, ciudad de ciu-  
dades 131

*Visitas, Las* (fragmentos) 294

## Y

Yagruma en el patio del Museo de la  
Ciudad 88



